

Pablo VI y la evangelización de la cultura

✠ J. LEONARDO LEMOS MONTANET

Obispo de Ourense

Con gozo hemos asistido, unos físicamente y otros a través de los medios, a la canonización de Pablo VI. Este acontecimiento ha tenido lugar el pasado 14 de octubre dentro del marco de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. La declaración oficial, por parte de la Iglesia, de la santidad de vida de aquel que ejerció desde 1963 a 1978, el ministerio de Pedro y, por ende, como Pastor de la Iglesia Universal, ha sido como una respuesta agradecida que la misma Iglesia ha tenido para con aquel que la amó mucho.

Hoy estamos viviendo en la Iglesia, tanto en todo el mundo como en nuestro país, momentos de contradicción como no los hubo antes, y no porque no los hubiera habido, sino porque hoy los medios de comunicación, sobre todo los que circulan con gran rapidez por las autopistas de la telemática actual, hacen que cualquier acontecimiento que tiene lugar en un punto determinado de la tierra, al cabo de unos segundos se puede tener noticia de él en sus antípodas. Y lo que es peor, un hecho determinado, aunque sea falso, si es repetido muchas veces a través de estos medios, se convierte en una realidad virtual aplastante. Estamos comprobando que, en ocasiones, con muy poco criterio objetivo, se hacen afirmaciones, que aunque hayan acontecido hace cuarenta o veinte años, parece que han tenido lugar anteayer; de manera especial en lo que afecta a la vida de la



Iglesia y a la de sus agentes de evangelización más cualificados. Lo mismo sucede con ciertos momentos históricos acaecidos en el pasado como acontece con la Inquisición y otras cuestiones similares que aunque no haya fundamento crítico y objetivo, se convierten en una noticia que alcanza la categoría de verdad histórica¹. Algo similar ha sucedido con Pablo VI y España². En estas circunstancias, la canonización de san Pablo VI ha sido como un regalo que el Espíritu Santo nos ha concedido en este momento de la historia. Es verdad que sería justo agradecer también la canonización de Mons. Oscar Romero, la de la Madre Nazaria Ignacia, de Francesco Spinelli, Vincenzo Romano, María Catarina Kasper, y del joven Nunzio Sulpricio; sin embargo, al dar gracias por la canonización de Pablo VI, en él y con él nuestro agradecimiento acoge a todos los que con él han sido elevados a la gloria de los altares.

Señoras y Señores Académicos:

Como bien sabéis, uno de los objetivos de la *Academia Auriense-Mindoniense de san Rosendo*, es *ofrecer a la sociedad un referente más de cultura que se inspire en el principio de la dignidad del hombre y demás valores trascendentes de la civilización cristiana*³. En este sentido la persona y la figura del papa Pablo VI es hoy, para todos nosotros, un icono emblemático de lo que debe ser nuestro trabajo en la sociedad, de manera especial en el ámbito académico, político y social. De ahí que me haya atrevido a presentarles esta reflexión sobre *La evangelización de la cultura en el pensamiento de san Pablo VI*.

La enseñanza de Pablo VI dedicada a la cultura penetra todo su pontificado⁴. El 8 de diciembre de 1965, en la clausura del Concilio, dirigirá unas hermosas y vibrantes palabras a los hombre de cultura hablándoles de la fe como la gran amiga de la inteligencia: *A todos vosotros, los artistas, que estáis enamorados de la belleza y que trabajáis por ella, poetas y literatos, pintores, escultores, arquitectos, músicos, hombres de teatro y cineastas (...) A todos vosotros, la Iglesia del Concilio os dice por nuestro medio: Si sois amigos del arte verdadero, sois nuestros amigos (...) Hoy como ayer, la Iglesia tienen necesidad de vosotros (...) El mundo en el que vivimos tiene necesidad de belleza para no caer en la desesperación. La belleza, lo mismo que la verdad, es lo que infunde alegría en el corazón de los hombres*⁵.

Apoyándose en aquella afirmación conciliar que afirma que *es propio de la persona humana el no poder alcanzar un nivel de vida verdadero y plenamente humano sino es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales*⁶, Pablo VI sostendrá que el fundamento de la cultura es el hombre, en su unidad sustancial psicosomática. Esta visión unitaria de la persona humana determinará la visión unitaria de la cultura, evitando todo tipo de dualismo

entre cultura material y espiritual o, entre civilización y cultura, porque siempre que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan unidas de forma muy estrecha.

Pablo VI ha logrado incorporar el tema de la cultura a la problemática interna vivida por la Iglesia; es decir, la cultura no la va a entender como algo adverso que hay que rechazar o procurar estar atentos a purificarla y así lograr elevarla a un plano trascendente. Él no sólo se sitúa en una postura en la que continúa la tarea llevada a cabo por Pío XII, aquel gran pontífice con el que había trabajado durante tantos años, primero, a su sombra cuando era Secretario de Estado de Pío XI y, después, como Obispo de Roma. Para el papa Pacelli evangelizar no significa uniformar, de hecho el plantea la cultura en el marco de la problemática misionera tal como se desprende de la lectura de sus escritos⁷; para este papa el deber más grave y urgente es anunciar el misterio de Cristo a todas las gentes. Tenía claro que evangelizar no consistía en *europizar* las nuevas culturas. El 24 de junio de 1944, en una respuesta a un homenaje que le hicieron las Obras Misionales Pontificias, afirma que el misionero *no debe trasplantar la civilización específica europea a las tierras de misión, sino hacer a aquellos pueblos, que ostentan a veces culturas milenarias, prontos y disponibles a recibir y asimilar los elementos de vida y de moral cristianas*⁸. Este planteamiento conlleva un profundo respeto en las relaciones entre el anuncio del Evangelio y las culturas, un respeto que él mismo proclamará con fuerza en su encíclica *Evangelii precones* del 2 de junio de 1944, afirmando que este respeto debe convertirse en una norma sapientísima que la Iglesia ha seguido siempre porque está convencida de que la naturaleza humana tiene en sí algo *naturaliter christianum*.

El papa Montini dará un paso más en su planeamiento, para él, la cultura es necesario evangelizarla, es decir, resulta imprescindible *alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación*⁹. Evidentemente, para él esta evangelización no es una tarea secundaria que debe realizar la Iglesia, porque el proceso de la evangelización es vivido por personas concretas que se encuentran profundamente vinculados a una cultura y la construcción del Reino no se puede llevar a cabo si no se tienen en cuenta los elementos positivos de la cultura o culturas concretas del ser humano que debe ser evangelizado, y siempre tomando como *punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios*¹⁰; de ahí que Pablo VI llega a afirmar que tanto el Evangelio como todo proceso evangelizador no se identifican con ninguna cultura concreta y poseen una independencia con respecto a todas las formas culturales, sin embargo, *la ruptura entre el Evangelio y la cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización*

*de la cultura, o más exactamente de las culturas*¹¹. Este drama debemos evitarlo con todos nuestros esfuerzos.

La primera vez que en un documento de la Iglesia se habla de la cultura es la constitución pastoral *Gaudium et spes* del Vaticano II, documento que fue promulgado por Pablo VI el 7 de diciembre de 1965 y, diez años más tarde, el mismo pontífice, después de la tercera Asamblea General del Sínodo de los Obispos, de 1974, que se centró en el problema de la nueva evangelización, publicará la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, el 8 de diciembre de 1975. El avance doctrinal en esos diez años sobre la problemática de la cultura, o mejor, de las culturas, fue tan radical que, uno de sus sucesores, Juan Pablo II, el 20 de mayo de 1982, continuando con la senda abierta por Pablo VI, creó el Pontificio Consejo para la Cultura.

San Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi* no sólo va a reafirmar la vocación evangelizadora de la Iglesia, sino que ese proceso lo va a encauzar dándole una nueva perspectiva, de tal modo que el mismo nos ofrecerá unos puntos de referencia, llegando a afirmar en un discurso al Colegio Cardenalicio, el 22 de junio de 1972, que *las condiciones de la sociedad nos obligan, por tanto a revisar métodos, a buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano, en el cual únicamente podrá hallar la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su empeño de solidaridad humana*¹². Este mismo pensamiento encontrará un eco especial en el pensamiento del papa Francisco cuando nos habla del *sueño de su opción misionera que sea capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que en la autopreservación*¹³.

Entendido este proceso con esta dinamicidad, Pablo VI sostiene que la Iglesia debe poseer una clara dimensión humanista para tratar de hablar al *hombre moderno* y, al mismo tiempo, debe mantener *la fidelidad a un mensaje del que somos servidores y a las personas que hemos de transmitirlo intacto y vivo*, porque ese es el eje de la evangelización¹⁴.

Por eso, para el papa Montini, evangelizar *significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad(...) pero no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos (...) la finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior*¹⁵. *Lo que importa es evangelizar (...) la cultura y las culturas del hombre en sentido rico y amplio (...) tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios*¹⁶.

Si esto no se lleva a cabo de este modo, tal como ya hemos dicho antes, esto genera uno de los dramas más graves de nuestro tiempo que es la ruptura entre la cultura, o las culturas y el Evangelio. Esta situación no debiera darse. De ahí que el fundamento para que esto no acontezca es que todo este proceso evangelizador

se apoye en ese fundamento determinante que es la persona humana y el complejo mundo de las relaciones interpersonales en medio de las que se encuentra. Una de ellas, quizás la primordial, es la familia. Ciertamente, la familia natural es el mejor mediador de la cultura, porque es en su ámbito en donde se produce la armonización de lo natural con lo sobrenatural, ya que es ahí en donde se tocan las raíces mismas de lo más humano del hombre.

Es en la familia en donde se hace posible que lo divino, es decir, esa dimensión de trascendencia cale en lo más hondo del ser humano (del hombre.) Porque es en esa matriz natural en donde se realiza ese proceso de humanización y la cultura juega un papel muy importante en esta dinamización. De ahí que la Iglesia si quiere hacer una aportación específica a la cultura tiene que proponerse sanear la célula básica del entramado social que, sin ninguna duda, es la familia natural constituida sobre la relación íntima de amor entre un hombre y una mujer, un padre y una madre que crearán ese humus natural en donde el hombre tendrá las primeras impresiones y los primeros afectos que serán determinantes en su proceso de humanización y serán la clave para que se convierta en «un animal de realidades»; es decir, en un ser que se siente arraigado en esa realidad que se abre al mundo, a los otros y a la trascendencia.

De manera magistral el papa Pablo VI afirmaba que *la Iglesia está inmersa en la humanidad, forma parte de ella; de ella proceden sus miembros, de ella extrae preciosos tesoros de cultura*¹⁷. Esta Iglesia, como una gran familia constituida por innumerables entramados de hogares experimenta en sí misma todas las vicisitudes históricas positivas y negativas que afectan a la sociedad y al hombre mismo. Es consciente de que *la humanidad en este tiempo está en vía de grandes transformaciones, alteraciones y progresos, que cambian profundamente no sólo sus formas exteriores de vida, sino también sus modos de pensar. Su pensamiento, su cultura, su espíritu vienen a modificarse íntimamente (...) ante todo esto no puede permanecer inmóvil e indiferente ante los cambios del mundo que le rodea. De mil maneras éste influye y condiciona la conducta práctica de la Iglesia. Ella como todos saben, no está separada del mundo, sino que vive en él. Por eso los miembros de la Iglesia reciben su influjo, respiran su cultura, aceptan sus leyes, adoptan sus costumbres*¹⁸. Precisamente, es ahí en donde se fundamenta la importancia que el dialogo tiene en el pensamiento de Pablo VI, por eso de una manera muy bella llega a afirmar: *La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio*¹⁹.

Desde mis primeros años de docente de filosofía, a finales de la década de los ochenta, siempre he sentido una preocupación especial por el tema de la cultura o, quizás, mejor por las culturas en su relación con la fe. Sé bien que la cultura tiene muchos significados, como ya he afirmado anteriormente; sin embargo, creo que el profesor Ratzinger ha hecho una síntesis de la misma al afirmar que este fenómeno humano es la forma de expresión comunitaria tanto de los conocimientos

como de los juicios que caracterizan una comunidad y que se han desarrollado históricamente²⁰.

Me preocupa toda forma de aproximación teórica y existencial a la cultura porque es siempre un tentativa para comprendernos, no sólo a nosotros mismos, sino también al mundo y a las cosas que nos rodean, a los hechos y acontecimientos en los que nos encontramos inmersos, así como a las personas con las que nos relacionamos y, por supuesto, también a esa realidad divina en la que somos, nos movemos y existimos²¹. Este hecho ha sido objeto de estudio y reflexión en la Iglesia desde siempre, pero de manera especial desde mediados del siglo XX, hasta nuestros días.

Uno de los eclesiásticos que más se ha preocupado por este fenómeno cultural ha sido san Pablo VI, de ahí que, con ocasión de su canonización, he pensado que sería conveniente hacer una breve aproximación propositiva al tema de la cultura, que no sólo me ha sido de provecho para mí, sino que también creo que será de utilidad para los miembros de la Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo, de la que tengo la honra de ser copatrons de la misma. Y esto es así porque estoy convencido de que la Iglesia debe educar y formar culturalmente no sólo a través de sus instituciones educativas específicas, como son los colegios, las facultades y también las academias como la nuestra, sino que la Iglesia sobre todo crea cultura con las tareas pastorales cotidianas en los distintos centros apostólicos, sobre todo en las parroquias. En este sentido no quisiera pasar por alto la que pudiéramos llamar cultura popular que se encuentra intrínsecamente unida a la piedad popular que, por cierto, esta manifestación de piedad ha sido rehabilitada en la Iglesia, después del Vaticano II, por el mismo Pablo VI²².

La cultura se convierte en una valiosa herramienta para entender las diversas expresiones de la fe cristiana que nos encontramos en el Pueblo de Dios; a la Iglesia le preocupa la cultura porque ella es como el estilo de vida que posee y define a una sociedad determinada; en realidad, es como el modo propio que poseen los integrantes de una comunidad para relacionarse entre ellos, con su entorno y con lo sagrado: Dios y sus santos. Este fenómeno es tan importante porque abarca la totalidad de las relaciones vitales de un pueblo. El papa Francisco nos enseña también, que, para realizar la nueva tarea evangelizadora, debemos tener en cuenta los diferentes desafíos que afectan hoy a los hombres y mujeres de la Iglesia y, por ende, a toda la sociedad.

Entre esos desafíos nos encontramos con los retos constantes que generan los diferentes estilos de laicismo excluyente que, en realidad, atentan contra la libertad personal de los creyentes. También conviene tener en cuenta las persecuciones a los cristianos y el alarmante crecimiento de odio y violencia, así como los atentados morales y físicos contra el hecho religioso católico. En este sentido, no podemos pasar por alto la indiferencia religiosa y la crisis de las ideologías, sin olvidarnos, tampoco, del relativismo religioso que afecta crecientemente a nuestra cultura occidental.

Por otra parte, *en la cultura dominante, el primer lugar está ocupado por lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio. Lo real cede el lugar a la apariencia. En muchos países, la globalización ha significado un acelerado deterioro de las raíces culturales con la invasión de tendencias pertenecientes a otras culturas, económicamente desarrolladas pero éticamente debilitadas*²³. A pesar de todo lo dicho, no podemos olvidar aquellas palabras de san Juan Pablo II con las que afirmaba que una fe que no se hace cultura es una fe no acogida plenamente, no enteramente pensada, no vivida fielmente, porque *el hombre vive una existencia enteramente humana gracias a la cultura*²⁴.

Porque la cultura es el lugar social privilegiado en donde el hombre se humaniza plenamente, de ahí que deba existir una estrecha relación entre fe y cultura, aunque aquella no se puede identificar con ninguna cultura, como nos recuerda el papa Francisco al afirmar que *el cristianismo no tiene un único modelo cultural, sino que, permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado. En los distintos pueblos, que experimentan el don de Dios según su propia cultura, la Iglesia expresa su genuina catolicidad y muestra la belleza de este rostro pluriforme*²⁵.

En definitiva la síntesis entre la fe y la cultura jamás será completa porque siempre está necesitando un trabajo continuo de purificación y, de algún modo, de una cierta reconciliación. Entre ambas existe una verdadera complementariedad, pero no podemos olvidar que también surge, a menudo, esa dimensión de ruptura que viene expresada magistralmente por san Pablo cuando contrapone a la sabiduría del mundo, la sabiduría de Dios que se revela en la cruz de Cristo²⁶.

Desde esta perspectiva quisiera que se entendiera la reflexión que he presentado, sintéticamente, acerca de la relación entre el Evangelio y la cultura en el pensamiento de san Pablo VI, porque en el ejercicio del ministerio pastoral siempre es necesario buscar un espacio para la evangelización de la cultura y la inculcación de la fe.

Muchas gracias a todos por vuestro servicio eclesial en y a través de la Academia Auriense-Mindoniense.

NOTAS

¹ Cf. ROCA BARCA, María Elvira, *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio Español*, Madrid 2017, pp. 267-283.

² En relación con un posible viaje de Pablo VI a España, puede verse: José Luis González Balado y Janet Nora Playfoot Paige, *Beato Pablo VI*, Madrid 2014, pp. 160-163.

³ *Estatutos de la Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo*, art. 2.

⁴ POUPAR, Paul, *Iglesia y Culturas. Orientación para una pastoral de la inteligencia*, Valencia 1985, p. 215.

⁵ PABLO VI, *Mensaje a los artistas en la clausura del Concilio Vaticano II*, 8 de diciembre de 1965.

⁶ GS, n° 53.

⁷ Cf. Carta encíclica *Summi Pontificatus* (20 de octubre de 1939).

⁸ PIO XII, *Discorsi, radiomessaggi, menasaggi di S.S. Pio XII*, VI (1944) p. 51

⁹ PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n° 19. (EN)

¹⁰ *Ibíd.*, n° 20a.

¹¹ *Ibíd.*, n° 20c.

¹² PABLO VI, *Discurso al Colegio Cardenalicio* (22 de junio de 1973): AAS 65 (1973) p. 383.

¹³ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n° 27

¹⁴ Cf. PABLO VI, EN, n° 4.

¹⁵ *Ibíd.*, n° 18.

¹⁶ *Ibíd.*, n° 20.

¹⁷ PABLO VI, Carta encíclica *Ecclesiam suam*, n° 10.

¹⁸ *Ibíd.*, n° 20.

¹⁹ *Ibíd.*, n° 34.

²⁰ Cf. RATZINGER, J., *Fede. Verità. Toleranza. Il cristianesimo e le religioni del mondo*, Cantagalli, 2003, pp. 57-82.

²¹ Cf. Hch 17, 28.

²² Cf. EN, n° 48.

²³ EG, n° 62.

²⁴ JUAN PABLO II, *Alocución en la UNESCO* (2 de junio de 1980) n° 6.

²⁵ EG, n° 116.

²⁶ 1 Cor 1, 17-2,16.



Interior de Santa Comba de Bande.
Foto: José Salgado®



Eremitorio de Vilar de Astrés.
Foto: José Salgado®